

# Un clásico del pensamiento ecologista, por fin en castellano

En 1999 se cumplen cincuenta años de la primera publicación de uno de los clásicos absolutos que ha generado el pensamiento ecologista: *A Sand County Almanac*, concluido justo antes de su muerte por el ingeniero forestal y ecólogo estadounidense Aldo Leopold (1887-1948). Este librito, donde han hallado alimento intelectual y espiritual varias generaciones de ecologistas en el mundo anglosajón (allí es considerado una verdadera «biblia»), y que dio origen a la ética ecológica como disciplina de perfiles nítidos, aún con inimitable frescura las observaciones naturalistas de primera mano y la reflexión de fondo sobre la relación entre el ser humano y la biosfera. Culmina en el famoso ensayo «Una ética de la tierra», síntesis del pensamiento de Leopold cuyo título se ha escogido para dar nombre a la edición castellana casi íntegra de *A Sand County Almanac: Una ética de la tierra* (edición a cargo de Jorge Riechmann), que publicará la editorial madrileña Los Libros de la Catarata en su colección Clásicos del Pensamiento Crítico a finales de 1999. Como anticipo de este importante texto, ofrecemos aquí uno de los breves ensayos que lo integran en traducción de Jorge Riechmann.

## Aldo Leopold: Guacamayos

La física de la belleza es una parte de las ciencias naturales que todavía se encuentra sumida en plena Edad Oscura. Ni siquiera los manipuladores del espacio curvo ha intentado resolver sus ecuaciones. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el paisaje de otoño en los bosques septentrionales es la tierra, más un arce rojo, más un gallo lira de collarín. En términos de la física convencional, el gallo lira representa una millonésima parte de la masa o de la energía de un acre. Pero sustraed el gallo lira, y todo está muerto. Una cantidad enorme de algún tipo de fuerza motora se ha perdido.

Resulta fácil decir que la pérdida sólo es tal para nuestro intelecto, pero ¿algún ecólogo en sus cabales lo aceptará? Sabe muy bien que ha tenido lugar una muerte ecológica, cuyo significado no puede expresarse en términos de la ciencia contemporánea. Un filósofo llamó a esta esencia imponderable el *nómeno* de los seres materiales. Este término se contrapone a *fenómeno*, el cual es ponderable y predecible, hasta los giros y contorsiones del astro más remoto.

El gallo lira de collarín es el nómeno de los bosques septentrionales, como el arrendajo azul lo es de las arboledas del nogal *hickory*, o el arrendajo piñonero de los montuosos enebrales. Los textos ornitológicos no registran estos hechos. Supongo que son nuevos para la ciencia, aunque resulten evidentes al científico sensato. Sea como fuere, quiero registrar aquí el descubrimiento del nómeno de la Sierra Madre: el guacamayo de pico grueso.

Es un descubrimiento sólo porque muy pocos han visitado sus guaridas favoritas. Una vez se está allí, únicamente alguien ciego y sordo a la vez podría ignorar su papel en la vida y el paisaje de la montaña. De hecho, apenas has acabado de dar cuenta del desayuno cuando ya las parlanchinas bandadas abandonan sus perchas en los riscos y ejecutan una especie de ejercicios matinales en las partes altas del amanecer. Como escuadrones de grullas giran y vuelan en espiral, debatiendo calurosamente entre sí la cuestión (que también te intriga a ti mismo) de si el nuevo día que se arrastra lentamente sobre los cañones es más azul y dorado que sus predecesores, o acaso menos. Empatados en la votación, se trasladan en compañías independientes a las mesetas para buscar su desayuno de piñones en su media cáscara. Todavía no te han visto.

Pero algo después, cuando comienzas la empinada ascensión hacia lo alto del cañón, algún guacamayo de vista aguda, acaso a una milla de distancia, está espiando a esta extraña criatura que echa el bofe trepando por el sendero que sólo están autorizados a utilizar ciervos, pumas, osos o pavos. Adiós a su desayuno. Con gritos y alaridos, toda la banda emprende el vuelo hacia ti. Mientras dan vueltas sobre tu cabeza desearías fervientemente tener a mano un diccionario de lengua guacamaya. ¿Están preguntando qué diablos tienes que hacer por estos andurriales? ¿O acaso, como una cámara de comercio avícola, se están cerciorando de que aprecias las bellezas de su ciudad natal, su buen clima, sus conciudadanos, y su glorioso futuro comparado con cualesquiera otros tiempos y lugares? Podría ser cualquiera de las dos cosas, o las dos a un tiempo. Y entonces te atraviesa la mente, como un relámpago, la triste premonición de lo que ocurrirá cuando se construya una carretera, y este tumultuoso comité de recepción salude por primera vez al turista armado.

Pronto está claro que eres un tipo soso e inarticulado, un bárbaro incapaz de responder con nada más que un silbido a las delicias habituales de la Sierra. Y después de todo hay más piñas en los bosques que deben ser abiertas, así que ¿acabemos el desayuno? Esta vez pueden posarse en algún árbol por debajo del risco, proporcionándote la oportunidad de atisbar hacia abajo. Ahora, por vez primera, ves el color: uniformes de terciopelo verde con charretera de color amarillo y escarlata y cascos negros, desplazándose ruidosamente de un pino a otro, pero siempre en formación y siempre en número par. Sólo una vez vi un grupo de cinco, o de cualquier otro número impar.

No sé si las parejas que anidan son tan ruidosas como estas bandadas jaraneras que me saludaron en septiembre. Sé que en septiembre, si los guacamayos están en la montaña, no tardarás en saberlo. Cual ornitólogo como Dios manda, sin duda debería tratar de describir su canto. Superficialmente recuerda al de arrendajo piñonero, pero la música de éste es tan suave y nostálgica como la neblina que vela sus cañones nativos, mientras que la del guacamayo es más ruidosa, y llena del gracioso entusiasmo de la alta comedia.

En primavera, se me informa, la pareja se hace con un agujero de pájaro carpintero en las alturas de algún pino muerto, y cumple con los deberes hacia su estirpe en aislamiento temporal. ¿Pero que picapinos excavaría un agujero suficientemente amplio? El guacamayo (como los nativos llaman eufónicamente a este loro, es tan grande como una paloma, y difícilmente se dejaría embutir en un cuchitril. ¿Acaso es él quien realiza la ampliación necesaria con su poderoso pico? ¿O bien depende del picapinos imperial, que parece se da en estos lugares? Le dejo la agradable tarea de descubrir la respuesta a algún futuro visitante ornitólogo.